

**Homilía del cardenal Jaime Lucas Ortega y Alamino, arzobispo de La Habana, en la liturgia de acción de gracias por el 47 aniversario de la Comunidad de Sant'Egidio
Roma, San Juan de Letrán 9 de febrero de 2015**

Queridas hermanas y queridos hermanos,

es una gran alegría para mí presidir esta liturgia en la basílica de Letrán, catedral del Papa. Recordamos aquí, en el corazón cristiano de Roma, los cuarenta y siete años de la Comunidad de Sant'Egidio. Acabo de llegar de Cuba y deseo ante todo saludarles a todos, amigos de Sant'Egidio, empezando por el querido profesor Andrea Riccardi, que en 1968 empezó la Comunidad y al que conozco muy bien, entre otros motivos, por sus visitas a Cuba, a Marco Impagliazzo, que es el presidente, a monseñor Matteo Zuppi, asistente eclesiástico y buen amigo de Cuba. Saludo a todos los presentes, a las autoridades, a los amigos de la Comunidad, y a este pueblo tan variado que es Sant'Egidio, en el que se confunden el que ayuda y el que es ayudado.

Conozco su trabajo desde hace muchos años. Les he seguido en Cuba y les doy las gracias por lo que la Comunidad hace en nuestro país por los pobres y por los jóvenes, y también por haber aceptado la responsabilidad de una parroquia en La Habana. He visitado varias veces la casa de su Comunidad en Belén y he celebrado en La Habana el aniversario de la Comunidad. Han compartido las alegrías y las angustias de nuestro pueblo. Me alegra, pues, estar hoy aquí.

Recordar el aniversario de la Comunidad es hacer memoria de una historia en Roma y en muchos países del mundo: historia de fe, de servicio a los pobres, de amistad, de trabajo por la paz, de compromiso por el diálogo, una historia que nació después del Concilio Vaticano II. En casi medio siglo la Comunidad ha creado, a menudo en un mundo difícil, "cosas nuevas". Sí, ¡la fe crea cosas nuevas! La narración bíblica de la creación nos hace comprender el valor de las obras del Señor: son cosas e historias nuevas inspiradas por Él. Hoy, tras cuarenta y siete años, podríamos decir, como Él, al finalizar la creación: "y vio que era algo bueno".

¿Por qué bueno? A menudo nosotros no somos buenos. Este mundo no es bueno; al contrario, muchas veces se caracteriza por el mal. Pero si seguimos el Evangelio juntos, podemos hacer "cosas buenas". Sant'Egidio da ejemplo con simplicidad y convicción de que

se pueden hacer "cosas buenas". Estas "cosas buenas" son signos de esperanza. Todos nosotros, para tener esperanza, necesitamos ver iconos de esta esperanza. Uno de estos iconos, que la Iglesia nos ha indicado recientemente, es monseñor Oscar Romero, arzobispo de San Salvador, amigo de Dios, de los pobres y de su pueblo. Un obispo inolvidable por su fe y su palabra, un mártir de nuestros tiempos.

Permítanme, además, en este día, dar gracias al Señor por los recientes acontecimientos de Cuba. Como saben, desde el mes de diciembre, por la extraordinaria iniciativa del papa Francisco, se ha producido el milagro de un deshielo, el final de un tiempo que parecía que no iba a terminar jamás. El muro de desconfianza que dividía a Estados Unidos de Cuba parecía imposible de derribar. La historia parecía inamovible. Pero no hay nada imposible para Dios, si no nos resignamos. Con el paso de los años hemos perdido la esperanza. La historia está llena de sorpresas. Lo digo también para consolarnos, cuando el pesimismo nos domina. Y el mundo hoy sigue viviendo crisis internacionales. Que la señal de deshielo en Cuba pueda contagiarse al mundo entero, para que se afiance el diálogo allí donde hay enfrentamientos. Oremos hoy también por los países que sufren la guerra, desde Ucrania hasta Siria e Iraq.

Tejer el diálogo con paciencia y perseverar en la oración han dado el fruto bendito de un nuevo tiempo para Cuba y para Estados Unidos: un tiempo de encuentro y de diálogo. El diálogo trae bien para todos. Mi corazón está lleno de esperanza por el futuro del pueblo cubano y me alegra compartir esta alegría con ustedes esta tarde. Gracias a ustedes por su oración, su cariño y su trabajo por Cuba y en Cuba.

La amistad con la Comunidad de Sant'Egidio es larga. No olvido que el pasado mes de septiembre, tres meses antes de que empezara el deshielo, se hizo en La Habana, por primera vez, la oración interreligiosa por la paz en el espíritu de Asís, organizada por Sant'Egidio con los líderes de las distintas comunidades religiosas cubanas. La oración –repitió el papa Francisco el uno de enero– es siempre la raíz de la paz. Nunca debemos dejar de rezar por la paz. Nuestra Iglesia en Cuba es paciente en la oración y amiga de la gente en la solidaridad.

El pasaje del Evangelio de Marcos que hemos escuchado, en pocos versículos, sintetiza la misión de Jesús. El evangelista escribe que Jesús desembarcó con los discípulos a la otra orilla, la de Genesaret. El Evangelio nos hace salir, ir más allá de nosotros mismos para llegar hasta la otra orilla: "Tan pronto como bajaron de la barca –escribe el evangelista–, la gente reconoció a Jesús y comenzaron a llevar enfermos en camillas". La presencia de Jesús cambiaba la vida de la gente, traía esperanza. La esperanza y la alegría de Jesús eran

contagiosas, congregaban muchedumbres de pobres y de enfermos. El evangelista destaca: "Y dondequiera que él entraba, ya fueran aldeas, pueblos o campos, ponían a los enfermos en las plazas y le rogaban que les dejara tocar siquiera el borde de su capa. Y todos los que la tocaban quedaban sanados".

Queridos amigos de Sant'Egidio, podríamos decir que la Comunidad salió y se dirigió a la otra orilla, a las periferias de las ciudades. Y hoy, cuarenta y siete años después, no se han detenido, satisfechos por el camino recorrido o por las metas alcanzadas. Todavía hoy continúa gastándose con pasión y entusiasmo, en un mundo complejo y conflictivo, en las grandes periferias humanas, para ir al encuentro de los pobres, sanar las heridas, abatir muros y hacer que nazca la paz. En un mundo complejo, ustedes trabajan con simplicidad evangélica.

Podríamos comparar la presencia de la Comunidad en las periferias con aquel "borde de la capa" del que habla el Evangelio, que se mueve con el viento del entusiasmo, que muchos pueden tocar, desde los pequeños y los ancianos, hasta los enfermos de sida, los jóvenes tristes y los que buscan la paz. Sean cada vez más el borde de la capa de Jesús, siguiéndolo adonde él va. El interés que les mueve no es el de conquistar objetivos, sino el de estar en la otra orilla, con los más pobres y con los que no tienen esperanza. Es lo que el papa Francisco dijo en la visita que hizo a la Comunidad el pasado junio: "A partir de los pobres y los ancianos se empieza a cambiar la sociedad".

Con el papa Francisco el cristianismo ha bajado a la calle, se ha hecho amigo de los pobres, se ha convertido en pasión por el encuentro y el diálogo, se ha convertido en medicina de misericordia que lo cura todo. Me impresionaron las palabras que pronunció durante la Congregación general del primer cónclave. Le pedí que me las escribiera. La Iglesia debe abandonar toda autorreferencialidad, "salir de ella misma e ir a las periferias... donde habita el misterio del pecado, el dolor, la injusticia, la ignorancia y donde están todas las miserias".

Queridos amigos de Sant'Egidio, su Comunidad está especialmente unida a la Iglesia de Roma y a su obispo, el Papa. ¡Vivan su amor universal! Hoy, mientras si dirigen a cumplir los primeros cincuenta años de vida, con el papa Francisco, están llamados a vivir con mayor entusiasmo y audacia el carisma evangélico que el Señor les ha confiado. El mundo tiene sed de fraternidad. Trabajen, trabajemos todos, para hacer que este mundo sea una tierra de hermanos y hermanas. ¡Nosotros tenemos esperanza!